LOS FLAMENCOS

(PARÍS, JARDIN DES PLANTES)

EN reflejos como de Fragonard
no queda de su blanco y de su rosa
más que si alguno te contara, hablando
de su amiga: "venía todavía

suave de sueño". Pues sobre lo verde
se alzan en tallos rosa, algo torcidos,
floreciendo a la vez, como en bancales,
más seductores que Friné. Después

su pálida mirada, retorciendo
el cuello, esconden entre la blancura,
donde hay negro junto a un rojo frutal.

De pronto, por la pajarera, chilla
una envidia, y, atónitos, se estiran,
y por lo imaginario marchan, solos.

EL UNICORNIO

EL santo alzó la vista, y la oración
cayó, cabeza atrás, igual que un casco:
pues sin ruido llegaba el increíble
blanco animal, que como una robada
cierva inerme suplica con los ojos.

Las patas, marfileño pedestal,
en equilibrio leve, se movían;
blanco fulgor feliz su piel cruzaba
hasta la frente pura y clara donde,
como torre a la luna, estaba el cuerno.
Y cada paso hacía que se irguiera.

La boca, con su bozo gris y rosa,
se plegaba, y un poco de blancura
de los dientes, brillaba, más que blanca;
los belfos palpitaban, entreabiertos.
Mas sus ojos, que nada limitaba,
iban poniendo en el espacio estampas,
y cerraban una leyenda azul.

(Traducción en verso por José María Valverde.)